

Análisis

# Horizontes literarios



del  
mundo personal

Con frecuencia hemos proclamado que la persona es un fin en sí, pero no el final de sí misma. Y esto, que lo decimos afirmando la trascendencia trasmundana de la criatura humana, vale también para afirmar el valor de aperturas no menos trascendentes —en otro rango— como son sus creaciones.

Entre esas creaciones artísticas del hombre la literatura ocupa las páginas de nuestra revista por derecho propio. Siendo conscientes del papel que juega en nuestras vidas hemos querido detenernos a tomarle el pulso. Hubo un tiempo, aunque parezca mentira, en que no existía la televisión, y las gentes poblaban su imaginación de seres literarios que los novelistas y los dramaturgos daban a luz, los sentimientos los alimentaban los poetas, el entendimiento era iluminado por los articulistas y los ensayistas... ¿Ha pasado ya ese tiempo definitivamente? ¿Tiene, todavía, algo que decir la literatura al corazón del hombre? ¿Qué papel tendrá la literatura en la sociedad del siglo XXI?

Sean cuales sean las predicciones que se puedan hacer, la literatura ha sido una escuela para el cultivo de personas no conformadas al mundo y a sí mismas como a algo acabado. Creando una distancia entre el mundo imaginario y el mundo real ha puesto ante ellas un horizonte hacia el cual mirar, ha creado relieves que han frenado la caída del mundo y del ser humano en la unidimensionalidad.

La literatura se revela como encuentro interpersonal entre un escritor y un lector más allá del tiempo y del espacio. Permite la indagación de posibilidades existenciales para el hombre y su sociedad. Se entrega a la creación de mundos imaginarios habitables siquiera por el tiempo que dura la lectura. Inquieta al lector y lo impulsa a búsqueda de la identidad personal, sondea en las profundidades abisales de lo humano y de su negación, fuerza la aparición de la belleza, juega con el lenguaje y lo transforma en arte y en llamada insospechada que nos sale al paso desde las blancas páginas de un libro.

En definitiva nos interesamos aquí por la literatura como experiencia humana entregada a quien se abre a lo humano, como indispensable «contenido personal y personalizante», tal como lo expresa Antonio Blanch en el artículo que abre y orienta todo lo que sigue, en él están los

puntos cardinales para situar, no sólo la creación literaria actual, sino también la historia de la literatura en la perspectiva que nos interesa. Es la dimensión de la profundidad humana de la creación literaria, lo que podríamos llamar el milagro de la belleza literaria, tema que se amplía y profundiza en el artículo de Flora Salvetti, en el que se expresa con fuerza el secreto del autor y la íntima comunicación que establece con el lector.

Otra dimensión de la literatura es su función social de transmitir los mitos fundantes de las comunidades humanas, de dotar de sentido histórico a las sociedades y de humanizarlas.

La invitación al descubrimiento de la propia identidad es otra de las grandes líneas de indagación de la literatura: ese yo fundamental problemático, inasible y, sin embargo, omnipresente. Y esta línea no puede dejar de prescindir de su paralela, o mejor su convergente, que nos lleva hacia ese tu esencial que busca el poeta, según decía A. Machado: el misterio y la revelación de la alteridad.

En estos terrenos y más allá de ellos, Rafael Alfaro nos introduce, por medio de la poética de J. Ángel Valente, en las profundidades insondables de la persona, en las que sólo la poesía puede percibir una luz que le está reservada. La pregunta que nos sugiere es si puede la antropología prescindir de la poesía sin amputar lo humano. En torno a la alteridad también nos ilustra M. Sánchez Cuesta, sorprendentemente por medio de Unamuno, tan conocido por su preocupación por el destino problemático de su yo y su deseo de permanencia y, sin embargo, no menos penetrante en la percepción del otro de carne y hueso.

Por último dos artículos se centran en la narrativa actual, por un lado la trayectoria de un autor consagrado como es Álvaro Pombo, descrita y comentada por Ángel García Galiano, y la de uno de los autores jóvenes más prometedores como es Juan Bonilla, cuya evolución traza J. A. Solórzano al tiempo que nos conduce por el laberinto de los mundos de sus personajes.

Para terminar José Jiménez Lozano es entrevistado por Domingo Vallejo, lector que lo sigue incansable y que fuera del libro, feudo del escritor, intenta saber de primera mano quien es el ser humano que se revela y se esconde detrás del libro.